

fuera sino íntimamente vinculada a la práctica escritural y comunicativa del autor. Es verdad que, en el caso de Sarduy y de Piglia, estamos además ante dos críticos y dos teóricos que han desarrollado en estos campos obras paralelas a sus ficciones narrativas. Pero, al igual que todos los demás, ambos han llevado a sus novelas las mismas inquietudes que a sus ensayos y, de hecho, y para complicar aún más las cosas, han tendido a borrar los límites entre los dos géneros. Quesada Gómez sabe dar cuenta de esta dificultad, sobre todo en el largo capítulo que dedica a Sarduy y que es, a mi modo de ver, junto a los de Elizondo y Piglia, el más interesante e innovador del libro. Su análisis de la teoría de la simulación en la obra del cubano a través de sus relaciones con el Barroco y la Posmodernidad, así como su aproximación al papel del lector en Elizondo en tanto componedor de la obra a partir de la fragmentación de la misma y, en fin, su lectura de Piglia a la luz de la tesis de Macedonio Fernández, todo ello resulta justo, apasionante y, las más de las veces, iluminador.

Con Abad Faciolince y con *Basura*, el género toca un límite que es el de su propia parodia y, tal y como lo sugiere Quesada Gómez, se abre hacia otros interrogantes quizás más contemporáneos. Aunque parezca a primera vista paradójico, uno no puede sino preguntarse cuánto ha pesado esta reflexividad de la metanovela en la crítica de los modos de representación que desemboca no sólo en nuestro realismo sucio, sino también en algunos otros realismos que, como el del

testimonio o la crónica, vienen imponiéndose desde hace ya varios años en Hispanoamérica. Es más, uno tendría que preguntarse cuál es el lugar que le corresponde históricamente dentro de la posmodernidad en el movimiento que ha llevado a la gradual desestetización de las prácticas literarias y artísticas que hoy aspiran al grado cero de la ficción, mientras asistimos simultáneamente a la intensa impregnación estética de otros aspectos de nuestra cultura que, como las favelas de Río de Janeiro, se convierten en objeto de contemplación a través de las visitas organizadas (los *favela tours*), por no hablar del éxito de los *reality shows* y de la espectacular ficcionalización de la experiencia que conllevan.

¿Qué habría pensado Macedonio Fernández de todo esto? ¿Se estará traduciendo la metanovela latinoamericana a otros códigos en nuestro presente? Hay que agradecerle al libro de Quesada Gómez, entre otras muchas cosas, que nos permita hacernos estas preguntas.

Gustavo Guerrero

Université de Picardie Jules Verne

Ileana Rodríguez y Mónica Szurmuk, editoras. *Memoria y ciudadanía*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2008. 334 pp.

La estructura de *Memoria y ciudadanía* convoca al lector a ingresar en un diálogo ya cursado. Cada uno de los artículos que lo componen es introducido por las lecturas de Ileana Rodríguez o Mónica Szurmuk, sus autoras/compiladoras. Es decir, cada uno de los textos y la

estructura general del libro son ampliados a un espacio que invita a sumarse y a constituir una tercera voz activa en el acto mismo de leer. Podría decirse que el gesto apela a una particular modalidad de producción de ciudadanía en la lectura. Este gesto formal no es menor porque además de tensionar la autoría inicial y única de la firma de cada uno de los artículos, ejerce una destitución del sujeto único, poseedor de un supuesto saber, que escribe. En suma, el libro deja abierta la posibilidad a permanentes y nuevos dialogismos y amplía la polifonía que desde su estructura lo constituye.

El texto está marcado por el pensamiento colectivo como resultado de una experiencia de trabajo de taller. Está organizado básicamente a partir de ciertas preguntas, lo que podríamos indicar como otra forma de estructura dialógica. En otros términos, el libro conserva esa forma del debate que interpela el habla del otro. La provocación del contrapunto se inscribe en la antigua forma discursiva que cruza oralidad y escritura, reflexión e improvisación en la producción de textos abiertos a seguir siendo un espacio de trabajo. Quiero decir con esto que, haciéndose cargo de una tradición abierta a la disputa en el pensamiento, *Memoria y ciudadanía* y cada uno de los textos que lo escriben ponen en escena, con gran libertad y propiedad, el ejercicio necesario de la crítica. Para quienes quieran pensar los problemas aquí planteados y sus múltiples conexiones culturales, sociales y políticas, este texto es también una propuesta

formal de producción textual poco habitual en el debate cultural.

La amplitud de los problemas tratados surge de la proposición de responder a preguntas. En el origen de cada texto están inscritas las preguntas de taller que cada uno de los participantes recoge para hacerlos ingresar al espacio de su reflexión particular, pero que rizomáticamente conectan unos textos con otros relevando la articulación al campo más amplio de la pregunta sobre la relación entre memoria y ciudadanía. La pregunta, sin embargo, no se agota en la interrogación que problematiza algunos cruces de sentido, sino que más densamente interroga a las lenguas en que estos problemas son nombrados, puesto que las lenguas territorializan el poder de la palabra. Así la pregunta por sí sola se abre a los poderes de los campos disciplinares y a las subversiones de sus mandatos. No sólo la politología, o los estudios culturales o la sociología pueden arrogarse la conceptualización justa para nombrar la ciudadanía, como no sólo el psicoanálisis puede nombrar el duelo o la melancolía o la capitalización de la pérdida y el trauma, señalan las compiladoras.

Memoria y ciudadanía son dos conceptos, dos reflexiones y dos prácticas contemporáneas que han convocado la atención en el libro. En su provocación a ser interrogados han contribuido al desarrollo de lenguajes políticos, estéticos y éticos de este nuevo tiempo. Frente a la perplejidad en que han dejado al pensamiento los cambios de paradigma, la recartografía del mundo, las transiciones a las democra-

cias y sus nuevas formas; después de la restitución de muchas comunidades a sus territorialidades y a sus historias perdidas, frente a la pérdida y el duelo padecido por pequeños y grandes grupos humanos frente, en fin, a un futuro plagado de incertidumbres, pareciera que el pensamiento de futuro comprendido en la noción de utopía ha sido desplazado hacia una pregunta por el pasado, anclado en la necesidad de producción de la memoria y el saber de las experiencias vividas. Satisfacer esa necesidad social de conocer y comprender para poder re-inventar la política y el encantamiento de frente al futuro es también un elemento constitutivo del debate que aquí se propone. Incitante de la lectura es la pregunta política de cómo avanzamos y re-conducimos nuestras particulares circunstancias en medio de una mundialidad que remueve los espacios, las convivencias y las concepciones del tiempo. La pregunta por las relaciones de los sujetos sociales con los Estados, con la pertenencia a una nación real o imaginada, resulta no sólo una pregunta intelectual sino una forma de pensar en cómo narrar experiencias con las que los ciudadanos del presente nos confrontamos cotidianamente. Quiénes somos como sujetos privados y públicos después de la pérdida de proyectos, territorios y formas de habitar, quiénes somos como sujetos de la experiencia del duelo que configura el presente, qué lugar ocupan en la realidad y en los imaginarios esos sujetos sin patria que Ileana Rodríguez llama ciudadanías abyectas, configuradas por la experiencia de la laceración, el

ultraje, sujetos lastimados como ella los llama, son interrogantes respondidas en el libro.

La pregunta por la memoria inscrita de ese modo parece indisoluble del concepto de ciudadanía. Repensar la memoria es entonces re-pensar la ciudadanía. Una de las referencias a este planteamiento la da Alejandro Monsivais en su artículo "La ciudadanía al debate: Memoria, no-dominación y esfera pública". Monsivais considera a "la memoria como un discurso que recrea el pasado de una sociedad, y a la ciudadanía como un ideal que actualiza los principios de autonomía e igualdad entre individuos" (47). De allí infiere que es posible pensar que la condición ciudadana es el horizonte de inscripción de la memoria histórica y cultural. Es así como la proposición de constitución de sujetos con memoria o sujetos de memoria se vuelve en el transcurso de la lectura un imperativo político de la actualidad. Pensar la memoria y la ciudadanía es pensar los lenguajes en que ésta puede hablarse, por lo tanto es pensar en la potencia de las hablas. Nuevamente en este punto el texto se desplaza desde el poder de un lenguaje único y de los lenguajes disciplinarios y sus saberes institucionales, para abrirse a la polifonía de lo social. Ileana Rodríguez es iluminadora al reflexionar cómo la articulación de discursos otros pone en escena la violencia epistémica de los discursos disciplinarios que niegan otros saberes y otros discursos que ella reclama para nombrar lo real. No es la verdad/mentira lo que está en juego en esta oposición de saberes, dice, sino algo mucho

más grave: la negación de la palabra del otro, el desechamiento de su voz y la negativa a darle lugar en lo público. Por lo tanto es la negativa a concederle ciudadanía. ¿Cómo puede ser sujeto social el que no tiene palabra pública? Nos preguntamos. El gesto reivindica el derecho del resentido, del lastimado, del herido, no sólo a respirar por su herida, sino a hablar por ella. En este contexto la reflexión marca la valoración del texto cultural como espacio de habla plural. Texto que en la transdisciplinariedad amplía su objeto de estudio hacia producciones estéticas, literarias, prácticas sociales y culturales, circunstancias y acontecimientos sociales y políticos.

La memoria entonces desde esta perspectiva surge de la libertad de construir discurso público, desde la multiplicidad de los ciudadanos y sus diferencias más que desde la búsqueda de una verdad igualadora que, como sabemos, tantas veces ha negado el reconocimiento a las diferencias. En ese sentido se abre la pregunta por la pertinencia de seguir hablando de “la” memoria, una memoria, o más bien necesitamos ampliar y pluralizar el signo, tal como emergió en el trabajo de este taller, una pluralidad de memorias que diseminen la multiplicidad, la polifonía de voces que las han hablado, aunque no todas convoquen a las mismas ciudadanías e historias. Es en este sentido que como lectora ha convocado particularmente mi interés el saber que procede de otros territorios, de otras experiencias que, disímiles a las nuestras como sociedad particular, no pueden dejar de mover y conmover al ciudadano o ciudada-

na global que de alguna manera somos cada uno de nosotros. Me refiero entre otros, al texto de Arturo Arias “Entre mayas y letrados: emergencia de la memoria indígena en la Guatemala de posguerra”, que al pensar la producción cultural de la posguerra guatemalteca, pone en escena uno de los problemas de la representación en el cruce de lenguas. En este caso, las lenguas mayas de la región y el español oficial buscan situar el lugar de las lenguas originarias. Pregunta comúnmente diferida en el debate latinoamericano y que fue formulada con nitidez por el filósofo Patricio Marchante: ¿en qué lengua se habla Hispanoamérica? Se entiende aquí habla por la facultad de dar nombre, de nombrarse, de nombrar la propia historia. El autor revisa la producción literaria de la época para encontrar ahí algunas señas. La respuesta que el texto sugiere y diría es la del habla de la mezcla, del habla que surge de las superposiciones, de las emergencias de una lengua en otra, de una lengua sobre la otra; en la borradura y la sobreescritura de lenguas propias y ajenas, en la producción de impurezas. Esas hablas abren tanto el decir como la forma de escuchar y leer en búsqueda de una potencialidad que comienza a producirse en la apertura de géneros y formas de los textos estéticos y culturales de los múltiples espacios de producción. Las escrituras de aymaras, mapuches, mayas comienzan a dar luz sobre este problema.

Asimismo, conocer el texto de Josebe Martínez sobre “Arqueología de la memoria histórica en España, a través del exilio de 1939” abre

una pregunta por la voluntad de construir un desplazamiento territorial en la producción de la memoria, de mirar el curso de una experiencia que se ha desarrollado en otra parte, de recoger experiencias sobrecargadas por el signo de la ausencia, como forma de nombrar lo negado de la ciudadanía a un sector que no puede constituirse sino por el revés de su *status* como ciudadano fuera de tiempo y fuera de lugar.

Fundamental es asimismo, a la hora de pensar la memoria, la reflexión acerca del tiempo que legitima y trabaja el texto de Nora Domínguez, “Presencias póstumas: Escrituras del tiempo, tiempos de escritura”. Los grandes cambios sociales y culturales, los cambios tecnológicos que claramente apuntan a un cambio de era, afectan particularmente la concepción y la experiencia del tiempo de una época. Las novelas de S. Molloy, C. Peri Rossi y T. Mercado constituyen el material por medio del cual Domínguez se refiere a los lindes temporales, el antes y el después, el pasado y el futuro, a la hora de pensar y escribir la memoria. Su pensamiento se centra en el poder de la escritura como espacio de configuración del sujeto de memoria. La escritura, dice Domínguez, sirve para dirimir “límites y también en sus superposiciones las codificaciones temporales de un sentido de amenaza radical y generalizada” (308). Los miedos, los viajes y las partidas construyen sujetos que tanto sea que cavilen, inventen o recuerden, de alguna manera, ejecutan su testimonio en el don de la escritura. “Las figuras de sobrevi-

vientes y sus variantes políticas o espectrales se construyen en esos puntos donde se encuentran y tensan cuerpo y palabra, tiempos y espacios experiencia y narración” (308).

En estos breves e insuficientes puntos, he tratado de dar unas señas de los discursos de memorias que estos textos nos dan a conocer. Otros textos inscriben una diversidad de sujetos que contribuyen a romper los relatos únicos y las lógicas de construcción de una historia y una verdad. Esta contribución me parece que incita la necesidad de producir lo múltiple de las experiencias sociales como ruptura de las hegemonías de los discursos que se autorizan por sí mismos a poseer el valor del pensamiento, impidiendo el reconocimiento y por tanto la legítima inscripción de aquello que queda expulsado de esa palabra de saber y de verdad de su saber. Lo más destacable que articulan estos conceptos apela más bien a una legitimación de lo experiencial, y sus múltiples formas de construir narrativas. Lo que obliga a mirar y a descubrir otros materiales y fuentes; como modo de levantar otros saberes donde construir las posibles respuestas a las necesidades de la actualidad.

Apelación a mirar la comparación de una actualidad cruzada por las inmigraciones, las expulsiones, las excepciones y las identidades minorizadas junto a las políticas que los recorren y que son susceptibles de articularse en la pregunta por la producción cada vez más móvil de ciudadanía. Ya no sólo ancladas a un territorio y un determinado concepto de nación, sino a

la impredecible precariedad de una época de borradura de fronteras. ¿Cómo articular los recuerdos y olvidos que constituyen tanto la noción de ciudadanía como la experiencia de ciudadanía fundadas en los discursos de la memoria y desmemoria?: es la interrogante que sigue resonando después de la lectura. Los textos dejan claro que ambos conceptos tienen sus materialidades en los sujetos sociales. Es en los cuerpos donde cae la pregunta fundamental ¿quién es el sujeto de la memoria y de la ciudadanía, qué conexiones entre ciudadanía y sujeto articula el presente? Ambas preguntas no pueden estar ausentes de la constitución de una comunidad real o imaginada. Así, la nación también aparece puesta en crisis por la revisión de las formas de inclusión y/o exclusión que la misma nación construye en las relaciones entre sujeto y ciudadanía, entre sujeto que recuerda y olvida, sujetos recordados y olvidados, excluidos e incluidos tanto del presente por falta de una ciudadanía plena como del pasado por la falta de memorias legitimadas como verdad histórica. Los textos que componen este volumen hacen emerger sujetos inencontrados por los registros sociales que construyen la historia. El gesto sobrepasa así la pregunta que le diera origen, Memoria/Ciudadanía, para ingresar en las políticas de la palabra de la experiencia, de la palabra del cuerpo, de la palabra en acto de rebeldía frente a los silencios y olvidos de los discursos dominantes.

En el contexto actual, la pregunta se abre a los sujetos de memoria. Quién es y cómo habla en la globa-

lización el emigrante, el extranjero, cuáles son las coordenadas para situar esas ciudadanía desplazadas, postergadas y deprivadas de bienes constitutivos desde los más arcaicos imaginarios de lo humano: ciudadanía abyectas, en el decir de Ileana Rodríguez. ¿Qué memoria y qué narrativa del pasado puede constituir la memoria de un tráfugo sin derechos y sin experiencia de la historia? ¿Qué es lo que podría constituirlo? Sujetos expuestos al ejercicio de la violencia y la fuerza comparecen en algunos de estos textos para transformarse en esos sobrevivientes fuera de todo derecho que G. Agamben relacionó a la figura antigua del *homo sacer*. Las preguntas nos ponen de frente a un tiempo otro, sin historia y sin futuro y por eso quizás la mirada al pasado se ha vuelto una manera de constituirnos como comunidad, porque parece que el futuro se desvanece por cuanto aún no logra producirse como proyecto. En estas referencias, estos textos y en general las reflexiones de este libro producen un permanente ir y venir entre pasado y presente como un tiempo donde se refuerza la continuidad de la fuerza y la violencia.

Raquel Olea

Universidad de Santiago de Chile

Fernandes, Sujatha. *Who Can Stop the Drums? Urban Social Movements in Chávez's Venezuela*. Durham, NC: Duke University Press, 2010. 336 pp.

En esta etnografía urbana, Sujatha Fernandes analiza historias de movimientos sociales, que incluyen